

SI TE QUIERES IR AL SUR

(Algunas reflexiones acerca de las formas mediante las cuales personas del llamado "primer mundo" van por un tiempo a vivir y trabajar a países del llamado "tercer mundo")

Introducción

Como tarjeta de presentación de quien escribe este documento diré que tengo 33 años, estoy casado y tengo una hija, trabajo como psicólogo en el sector de las discapacidades y pertenezco a la comunidad cristiana Fe y Justicia. Hace un año y medio salí de mi Bilbao natal para venirme a Quito (Ecuador), lugar en el que proyecto pasar unos dos o tres años más.

He sido educado en colegio religioso, provengo del mundo del scoutismo y hasta el momento de venir a Ecuador he vivido y trabajado en sectores de marginación, he militado en partidos y sindicatos de izquierda, y en todos estos ámbitos he conocido la inquietud por el llamado "tercer mundo". Inquietud que, de una u otra manera, movía a "hacer algo" por ayudar a cambiar la situación en la que se encuentran tantas personas de la humanidad.

Tanto en los ambientes de Iglesia, como en los ambientes civiles (asociaciones, sindicatos, partidos) en los que me he movido, he visto cómo un número no despreciable de personas se planteaba la posibilidad de venir por un período -mayor o menor, definido o indefinido- de sus vidas, a vivir y trabajar a un país del Sur, y de ese modo colaborar a mejorar la situación de personas de ese lugar.

Se ha tratado casi siempre de personas generosas y de valía, dispuestas a dar un aporte y con capacidad para que ese aporte sea interesante. Sin embargo, hablando con unos y con otros, conforme he ido conociendo más experiencias diferentes, me he ido encontrando con serios interrogantes pendiendo sobre muchas de estas iniciativas.

Lo que desde un punto de vista exterior y superficial parecían acciones fuera de todo cuestionamiento, pueden mostrarse ante la mirada crítica de sus protagonistas como plagadas en bastantes ocasiones de dudas, sinsentidos y, lo que es peor, sufrimientos y desengaños. Si el común de la gente, viendo el asunto desde lejos, considera que cualquier persona que se viene por estos lares "hace algo bueno", quienes estamos metidos en el asunto sabemos que "no todo el monte es

orégano" y que "hay mucha tela que cortar", por lo que para ser honestos con una realidad tan fuerte como aquella que nos encontramos nos vemos en la necesidad de plantearnos algunas preguntas.

Pretendiendo ayudar a responder a estas preguntas, que yo también me hago, he intentado ordenar algunas ideas y reflexiones que sólo buscan abrir un diálogo. Lo limitado en el espacio y en el tiempo de mi experiencia en un país del Sur me incitan al silencio. Sin embargo la confusión que percibo en ambientes cercanos a mi -civiles y eclesiales, de aquí y de allá-, lo serio del problema del llamado "tercer mundo" al que queremos dar alguna respuesta y una cierta "obligación moral" fruto de situaciones vividas personalmente, me estimulan en la audacia de proponer algunas ideas.

Se tratará de un texto hecho de forma rápida, sin tiempo para muchas revisiones y menos aún para armarlo con citas bibliográficas y ese tipo de cosas, a pesar de que el lector avisado, encontrará obviamente muchas ideas tomadas en préstamo. Es más bien un documento de trabajo, para la gente de mi comunidad, para amigos y gente cercana. Surge para dar respuesta a una necesidad sentida personal y -creo- colectivamente de ordenar toda una serie de ideas, pero nace consciente de su parcialidad, de posibles inexactitudes, de planteamientos no suficientemente meditados. Pero bueno, basta de excusas y entremos en harina.

De qué vamos a hablar

Vamos a hablar de una realidad enormemente variopinta: de la licenciada en filología inglesa que pasa un año haciendo trabajos de sembrado, cuidado y recolección agrícola en Nicaragua, del sacerdote o el seglar que está al cargo de una parroquia en un pueblecito del Ecuador, de la médico que dirige un dispensario en un país del Africa subsahariana, del liberado sindical que asesora durante un tiempo a un sindicato en una ciudad de la India, de la maestra que dedica unos años a hacer alfabetización en una barriada urbano-marginal de una gran ciudad latinoamericana, del "brigadista" que pasa un año en Centroamérica acompañando a una organización de Derechos Humanos, de la ingeniera que asesora en la informatización de una organización en un país de los llamados en vías de desarrollo, del militante antimilitarista que dedica un tiempo a ayudar en la construcción de una red de organizaciones por la paz en determinado continente, de la religiosa que se traslada a otro país a "fundar", etc.

Y así podríamos seguir y seguir. Las modalidades pueden ser tantas como personas, y sin embargo creemos que es factible hacer algunas reflexiones generales sobre experiencias que tienen todas algo en común: una persona sale de su país (del llamado "primer mundo") y está durante un tiempo

considerable en otro país, considerado del "tercer mundo". Y está para "hacer algo" en relación con la situación de ese país, de las personas de ese país considerado pobre.

No son, desde luego, estas personas las únicas que se preocupan por el llamado "tercer mundo". Sin embargo la peculiaridad de la decisión que toman permite abordar la cuestión de este tipo de iniciativas de forma relativamente separada del problema general del "tercer mundo" y las alternativas de acción ante el mismo, tema que tratado de forma global requeriría mucho más espacio.

Claves de lectura de la situación del llamado "tercer mundo"

Normalmente la persona que se traslada a un país del llamado "tercer mundo" lo hace porque de modo más o menos explícito tiene en su mente una determinada visión de la situación de la humanidad. Piensa que hay zonas del mundo, países, pueblos que "están peor" que aquella zona, país o pueblo al que ella pertenece y cree que trasladarse allá por un período más o menos largo puede contribuir a "ayudar" de alguna manera.

Empecemos entonces por aquí, por la visión que se tiene del llamado "problema del tercer mundo", puesto que probablemente en la propia visión de la jugada de cada protagonista vamos a encontrar claves para entender lo que hace o hará. Y porque probablemente algunos de los problemas o dificultades que acontecen en experiencias de vida y trabajo en un país del Sur tienen su origen en la visión que se tiene de los mismos.

Mi opinión personal es que en una buena parte de las personas que hacemos este tipo de experiencias de las que estamos hablando existe o bien excesiva simplicidad y parcialidad en el análisis de la situación de la humanidad, o bien conceptos equivocados o ya superados. Muchas veces no se pasa de una visión de estos países como países en los que hay falta de dinero (recursos financieros), cosas (recursos materiales) y gente capacitada (recursos humanos). Es decir, se analiza la cuestión tan sólo como falta de recursos, sin entrar en las complejas realidades políticas, económicas, culturales, etc. imbricadas en la situación de los llamados "países pobres".

Pienso que se tiene la visión del "tercer mundo" como algo homogéneo. Se dice que "el tercer mundo es obra del primero" como si las personas del Sur fueran irresponsables menores de edad. No se considera a las sociedades del Sur como sociedades complejas (como lo son todas) sino como colectivos de pobres, pobres a los que se atribuyen características homogéneas. Al parecer, en los países del llamado "tercer mundo" no hay médicos, profesores, empresarios, sacerdotes, etc. Se

afirma que se trata de "otro mundo" y que es imposible analizarlo con las categorías con las que analizamos la realidad, por ejemplo, en Europa. No se distingue entre países y países, zonas y zonas, barrios y barrios, colectivos y colectivos, clases y clases, personas y personas. En el extremo hay quienes ni siquiera van más allá de la típica imagen televisiva de un campo de refugiados (imagen que en el fondo nos lleva a pensar más en situaciones de emergencia que en realidades de injusticia estructural).

Opino, sin embargo que habría que comenzar por preguntarse por la delimitación e identidad de esa realidad que se ha dado en llamar "tercer mundo". Hay que partir del hecho de que vivimos en un mundo cada vez más interconectado. La internacionalización de la economía, la cobertura de los medios de comunicación o la conformación de organismos internacionales, entre otros factores, hacen que sea cada vez más cierta la afirmación de que estamos en un gran sistema en el que la variación de un elemento afecta a los demás y al conjunto. La acción de un maestro que enseña en la escuela de un pequeño pueblo colombiano afecta a los habitantes de ese pueblo. Pero también les afecta la acción de un economista que trabaja en Londres en una agencia que está influyendo en los precios del café en el mercado internacional. O la del funcionario de la Diputación de Bizkaia que no está dispuesto a bajarse el sueldo.

La realidad social se va haciendo más compleja y todo empieza a moverse con más facilidad: los capitales, las empresas, las mercancías, la información, las personas, etc. Ya no estamos en los años 40 cuando los primeros misioneros vascos vinieron a Los Ríos (Ecuador). Entonces venían en buena medida a "un mundo" distinto. Hoy podemos afirmar con mucha más verdad que vivimos en "el mismo" mundo. Y que, por ejemplo, encontramos, cada vez más, en el llamado "tercer mundo" "trozos de primer mundo" y en el llamado "primer mundo" "trozos de tercer mundo"

Además, cuando estudiamos un poco el asunto descubrimos que dentro del llamado "tercer mundo" se dan realidades muy diferentes que obligan a análisis muy distintos según estemos hablando de un lugar u otro. Grandes diferencias en torno a cuestiones como: riquezas naturales, posición en las redes de comercio internacional, monto de la deuda externa, historia política, existencia o no de una democracia representativa, factores étnicos, lingüísticos y culturales, cultura económica, violencia política, delincuencia organizada, cobertura educativa, cobertura sanitaria, realidad geográfica, posición geoestratégica, penetración de los medios de comunicación, tradiciones religiosas, etc. ¿Cabe hablar de un único "tercer mundo" si las variaciones entre unos países y otros y dentro de cada país son tan grandes en función de factores como los citados?

Esto no quiere decir que no haya países o continentes donde se concentran de modo especial determinado tipo de problemas: desnutrición, analfabetismo, falta de cobertura sanitaria, falta de

instituciones educativas, culturales o religiosas, pobreza de infraestructuras, etc. Y no quiere decir que esto no sea básicamente una injusticia humana y social que hay que combatir. Pero quiere decir que hay que analizar globalmente la realidad mundial y entender bien como funciona el invento si queremos meter la mano en él.

No se puede despachar el problema como el de una carencia de recursos simplemente (análisis que conduciría a determinar que la respuesta es aportar los recursos financieros, materiales o humanos y listo), sino que hay que ir más al fondo e intentar captar las dinámicas de todo tipo que están imbricadas en la situación de estas zonas del mundo que nos ocupan. Dentro del llamado "tercer mundo", por poner un ejemplo, hay países muy pobres o que por guerras, epidemias o catástrofes están en una situación de miseria. Sin embargo hay países con muy buenos recursos. La cosa es más complicada.

Si descubrimos la realidad social como compleja e interconectada habremos de ser capaces de analizar las repercusiones de nuestras acciones en los diferentes aspectos (o a los diferentes niveles) de esa realidad y de sus ámbitos. Podemos estar posibilitando la alimentación de una población durante seis meses y simultaneamente variando sus hábitos de nutrición y de trabajo agrícola de modo que dificultemos en el futuro su adaptación al medio. Podemos estar enseñando técnicas educativas a los miembros de una organización y, a la vez, minando el prestigio de sus líderes y contribuyendo a su disolución. Podemos estar contribuyendo significativamente a la atención de salud en un país y, a la vez, obstaculizando la conformación de un movimiento social que fuerce al gobierno de dicho país a ampliar la cobertura sanitaria.

Para no entrar en este tipo de dinámicas debemos, para empezar, dotarnos de un correcto y dinámico análisis de la realidad. Y debemos tomar en consideración los sucesivos ámbitos en los que se juegan los problemas (local, nacional, internacional, etc.) identificando lo que se cuece a cada nivel y las interacciones entre los diferentes ámbitos.

Nuestro internacionalismo no nos debe hacer olvidar la importancia que tienen los marcos nacionales y locales en la generación y resolución de los problemas. No podemos estar trabajando en un barrio o pueblo y desconocer, por ejemplo, la dinámica política, económica y cultural del país en el que estamos, la cual nos ayudará, probablemente, a entender muchas de las cosas que observamos.

Y sin embargo hemos de ser conscientes de que las más de las veces las personas más que vivir en "mundos" nos movemos en pequeños espacios físicos y humanos en los que obtenemos recursos, tejemos relaciones, realizamos acciones. Muchas veces no importa tanto en que "mundo" estamos

sino nuestro "lugar en el mundo", pero siempre hemos de tener -y si nos vamos lejos, con más motivo- una atinada visión de lo global.

Y debemos aspirar a trabajar con unas categorías de análisis que nos sirvan tanto allá como acá. Supongo que un biólogo que estudia la flora de los Alpes suizos y la de la selva amazónica encuentra cosas diferentes, pero precisamente se da cuenta de ello porque utiliza un único y coherente marco conceptual e instrumental científico. Utilicemos pues una única cabeza y un único lenguaje.

Si seguimos alimentando el discurso de que "aquello es otro mundo que no tiene nada que ver", si seguimos teniendo en la cabeza compartimentos estancos, si seguimos con discursos del tipo "allí se pueden cambiar las cosas, aquí no", "aquí necesitas formación, allí toda ayuda vale", "este valor ético sirve aquí, allí no", etc. nunca podremos contribuir a la construcción de un sólo mundo. Si un administrativo de Bilbao se va a construir viviendas a San Salvador lo que le ha cambiado son muchas cosas además de que se ha ido al "tercer mundo", luego no ha de atribuir a dicho "cambio de mundo" todas las novedades que experimenta.

Este conocimiento de la realidad nos llevará probablemente a un mayor respeto por dicha realidad y a calibrar mucho más la importancia que daremos a nuestra acción. Nos permitirá conocer los recursos propios de la gente con la que estamos y no sobrevalorar nuestra aportación como recurso externo. Nos permitirá, en definitiva, encajar nuestro aporte de la manera más ajustada y útil.

No debemos olvidar, por otro lado, que en las relaciones con las personas funcionamos desde la imagen que tenemos de ellas y, de algún modo, les "devolvemos" esa imagen, con las repercusiones que esto puede tener sobre nuestro interlocutor en función de la posición que ocupemos. Si se "devuelve" a un colectivo, de forma explícita o implícita, la imagen de que "no puede", de que "necesita ayuda", etc. es más probable que "no pueda" y que "necesite ayuda", etc.

Por último, si hacemos este análisis, estaremos en condiciones de valorar la responsabilidad de los propios habitantes de los países del Sur en su situación. Ello nos vacunará contra la atribución de determinadas culpabilidades (en un sentido u otro), complejos de inferioridad o superioridad, actitudes paternalistas o neocolonialistas, etc. Al fin y al cabo ninguna comunidad, localidad, pueblo o continente puede esperar que la solución a los problemas vengan de fuera de si mismos. Es en el proceso autónomo de desarrollo y liberación de una colectividad en el que se forjan las condiciones del bienestar y justicia que se persiguen. La participación de agentes externos en dicho proceso puede ser de colaboración, pero nunca podrá sustituir a los propios protagonistas.

Soy consciente de haber enunciado en este apartado más preguntas que respuestas. Lo que pasa, quizá, es que las cosas están cambiando rápidamente, en el mundo y en nuestros discursos. Si como mínimo se ha contribuido a poner en cuestión determinados presupuestos, muchas veces inconscientes, de algo ha valido lo escrito.

Aproximación crítica a algunas "respuestas" a esta situación

Cuando las personas del llamado "primer mundo" nos ponemos a intentar ayudar a las del llamado "tercer mundo" podemos movernos en diferentes coordenadas o estrategias globales. Aquí vamos a citar y comentar brevemente algunos de esos "marcos institucionales" (en el siguiente apartado abordaremos marcos más conceptuales o ideológicos) dentro de los cuales nos podemos desenvolver. No se trata de conceptos excluyentes entre sí, sino más bien de diferentes propuestas, de muy diferente índole, desde las que se suelen encauzar las iniciativas que en este documento nos ocupan. Por lo tanto cada iniciativa podrá encuadrarse en una o más de ellas. Tras la lectura del anterior apartado, queda más claro que desde cualquier punto del globo se puede incidir sobre la situación del llamado "tercer mundo". Sin embargo siguiendo la tónica de nuestro trabajo nos vamos a referir a "respuestas" (teóricas o prácticas) que damos quienes nos hemos desplazado a otro contexto.

La cooperación al desarrollo

Existe todo un mundo de organizaciones, iniciativas, personas, recursos en torno a lo que se denomina cooperación al desarrollo. En definitiva lo sustancial de la cooperación al desarrollo es la aportación de recursos financieros, materiales o humanos por parte de los países llamados "desarrollados" a los países llamados "en vías de desarrollo".

Para el tema que nos ocupa no nos interesa hablar de la cooperación directa entre gobiernos u otras modalidades. Nos interesa más bien lo que tiene que ver con el mundo de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG's). Habitualmente, en dicho ámbito, la cooperación al desarrollo funciona según una cadena en la que están los siguientes eslabones: la entidad financiadora del país "desarrollado" (normalmente el estado o una administración o agencia pública) - una ONG de ese país que canaliza los recursos y vela por la "correcta" utilización de los mismos - una ONG del "país receptor" dedicada a la cooperación que vehicula la ayuda y vela por su correcta utilización - la organización o comunidad destinataria de la aportación de recursos. Normalmente se funciona con

proyectos. En el contexto de estos proyectos a veces se mueve tan sólo dinero, otras veces bienes y a veces personas: los cooperantes.

No cabe duda de que la cooperación al desarrollo en general y la acción de las ONG's en particular representan un aporte positivo para mejorar situaciones en países del llamado "tercer mundo". Sin embargo hay que ser muy conscientes de que nunca representarán la respuesta al problema del subdesarrollo (aunque canalicen el 0.7% o mucho más del presupuesto de los "países ricos"). El desarrollo de un país no depende tanto de pequeñas iniciativas de cooperación como de claves económicas, políticas o sociales de otra índole.

La cooperación al desarrollo con los países del Sur puede ser la respuesta parcial y coyuntural a determinadas comunidades o colectivos y constituirse en caldo de cultivo, estímulo o modelo para el surgimiento de iniciativas de mayor calado. Sin embargo también es posible que el mundo de las ONG's, tanto en los países donantes como en los receptores esté constituido por personas y organizaciones perfectamente marginales en sus propios sistemas sociales y políticos y con nula o escasa incidencia en las estructuras económicas de la desigualdad.

Otro aspecto problemático es que las ONG's se encuentran a menudo en la disyuntiva entre una institucionalización y burocratización que hace que absorban para el funcionamiento interno una buena parte de los recursos que manejan o una debilidad organizativa que las vuelve poco eficaces. Además la dinámica de los "proyectos" lleva en muchas ocasiones a la falta de continuidad en las acciones. Sin embargo no cabe duda de que hay ONG's que a base de coherencia y eficiencia sortean todos estos peligros constituyéndose en valiosos recursos de respuesta a necesidades y agentes de cambio social.

Terminemos con un par de frases para la reflexión. Hay quien ha dicho "menos cooperación y más comercio". Sin afirmarla y aunque sólo sea a modo de pequeña y cariñosa provocación se me ocurre enunciar una paralela: "menos cooperantes y más turistas".

Las misiones

Entre nosotros resulta la forma más conocida de irse a un país del "tercer mundo": irse de misionero. Y en determinados ambientes de iglesia casi se identifica como la única manera. Y sin embargo no es sino una de ellas. Irse de misionero supone marchar a otra tierra al servicio de un objetivo: el anuncio del Evangelio y la conformación de iglesias locales en aquel lugar. Toda labor de promoción social que se realice en las misiones ha de estar en última instancia animada por y orientada hacia

esa meta primordial. El misionero trabajará como agente de pastoral o liberado religioso y si lo hace en una tarea de tipo educativo o sanitario será, normalmente, en obras propias de la iglesia, orientadas desde la estrategia pastoral de la misma.

Nadie puede negar la ingente labor desarrollada desde todos los puntos de vista por las misiones eclesiales. El anuncio del Evangelio, propuesta de liberación integral, la conformación de comunidades, la promoción de iniciativas educativas, sanitarias, productivas, comerciales, etc. ha resultado, resulta y resultará de gran beneficio para miles y miles de personas.

Sin embargo también en este caso podemos hacernos cuestionamientos. En algunas ocasiones se echa en falta la existencia, implícita o explícita, de un "proyecto" que identifique los objetivos de la misión. No siempre está claro que se trate de promover el surgimiento de sacerdotes o, en general, agentes de pastoral autóctonos. Tanto es así que muchos se mueven en un ambiguo espacio en el que no está claro si están temporalmente al servicio de un proyecto cuya meta es el surgimiento de gente del país que les lleve a retirarse o si, por el contrario, se quedan no más, convirtiéndose, sencillamente en un recurso humano más, tan propio de la Iglesia local como el nacido en el país.

Abundando en la misma reflexión cabe decir que hechos como la "adjudicación de territorios" a determinadas congregaciones, grupos o diócesis de origen (con fuerte identidad) pueden conducir, en última instancia, a dificultar, más que a fomentar, el fortalecimiento de las iglesias autóctonas, si bien, en determinados momentos esa "adjudicación de territorios" pudo o puede tener su sentido.

Pasando a otro tema diremos que el establecimiento de obras propias en ámbitos educativos, sanitarios, sociales, etc. es en muchos casos un excelente servicio a la comunidad, sin embargo, no siempre se compadece con las necesidades y dinámicas propias del contexto ni con el objetivo propio de la Iglesia: la evangelización. La historia de la Iglesia es, a la vez, la historia de la reflexión sobre los espacios en los que establecerse como tal y aquellos ámbitos que se consideran propios - en cada momento y lugar- de la sociedad civil y, por lo tanto, de la participación del cristiano de forma personal, como fermento. Tal reflexión, aún a pesar de las apremiantes necesidades con que nos encontramos muchas veces, es también pertinente en el "tercer mundo". En este contexto habría que revisar también el caso particular de sacerdotes que pueden llegar incluso a descuidar su misión como pastores y animadores de la comunidad cristiana en aras de un trabajo casi exclusivo de promoción social.

Terminemos con otros dos casos particulares en el mundo de las misiones. Uno es el de las órdenes religiosas, o grupos eclesiales en general, que se trasladan al "tercer mundo" para "fundar", es decir, para extender su organización. Esta acción es absolutamente legítima pero en cuanto a su efecto

benéfico para el país receptor, éste solo podrá valorarse en el futuro desarrollo de la orden o el grupo, en la medida en que si el objetivo primero de quienes se trasladan no es directamente el "beneficio a terceros" sino el crecimiento del grupo es lógico que en primera instancia se dediquen a éste y no a aquél. Lo que decimos no es baladí pues, sobre todo en estos tiempos de sequía vocacional, existen grupos que se escoran al crecimiento del grupo llegando a desatender el servicio a la gente.

El segundo caso particular es el de los "misioneros seculares". En algunos casos padecen el mismo problema que el laico en las iglesias del "primer mundo", con el agravante de que aquí se dedican a tiempo completo a la Iglesia y allí no: se convierten en asistente o sucedáneo del sacerdote. También nos encontramos en ocasiones con personas que en sus países de origen no desempeñaban funciones de tipo pastoral ni tienen la formación para ello y que, sin embargo al llegar al país de destino se dedican primordialmente al trabajo pastoral al no haberse planteado otras vía para su intervención, con lo que se resiente la calidad del trabajo y su satisfacción en el mismo, máxime cuando en muchos momentos, debido a la religiosidad popular, el trabajo tiene una cierta carga de sacramentalismo. En el caso de laicos formados y conscientes de venir a hacer de agentes de pastoral, si se diferencian sus funciones y su presencia de la del sacerdote, creo que la experiencia puede ser muy positiva.

Redes u organizaciones internacionales

Si bien la mayor parte de la gente que conozco está vinculada a los anteriores marcos, no hay que olvidar otras posibilidades. Personas que trabajan para redes u organizaciones internacionales de tipo asistencial, sindical, político. Obviamente la Iglesia es también una organización internacional, pero su prolongada experiencia misionera hace que la hayamos considerado aparte. Esta manera de dar el salto es mucho más minoritaria y, aunque interesante, resulta más restringida, por la propia realidad de estas organizaciones y por el tipo de trabajo especializado que realizan las personas que se desplazan. En este caso, igual que en el de la Iglesia, cabría distinguir, pudiendo ser ambos casos legítimos y buenos, entre quienes prioritariamente se desplazan para extender la organización y quienes lo hacen primordialmente para prestar un servicio.

El voluntariado

Es interesante referirse al tema del voluntariado, porque éste, cuando hablamos de cambio de país adquiere connotaciones peculiares. Cuando hablamos de voluntariado nos referimos a la prestación

de un servicio en el contexto de un programa u organización, con un compromiso en cuanto a funciones y tiempo pero sin recibir remuneración económica a cambio del trabajo.

Cuando hablamos de un voluntariado en otro país ocurre que, si bien probablemente no se esté proporcionando al voluntario un sueldo (y las consiguientes ventajas que pueden ir aparejadas a un salario, tales como antigüedad, pago a Seguridad Social, etc.), probablemente se esté corriendo con todos sus gastos de alojamiento, movilización, alimentación, seguros, etc., es decir, el costo de un voluntario extranjero es sensiblemente mayor que el de un voluntario nacional. Y ese costo lo paga alguien, con lo cual habrá que tomarlo en cuenta para ver si el beneficio que el voluntario proporciona justifica el costo. Podemos encontrarnos con la paradoja de que un voluntario (extranjero) puede suponer más costo que un trabajador profesional (nacional) y este es un asunto a analizar.

Hay que tener en cuenta, también, que si bien una persona puede moverse como voluntario (y también como profesional) a título particular, normalmente hay alguna agencia intermediaria de por medio, lo cual aumenta más los costos. Con todo este comentario no queremos cargarnos el voluntariado, que nos parece un fenómeno muy interesante, sino alertar sobre los condicionantes que basculan sobre el mismo cuando hablamos de un voluntariado de dimensiones internacionales.

No creemos que sea necesario insistir en reflexiones que valen para cualquier tipo de voluntariado (en el propio país o en el exterior) tales como la necesidad de delimitar los espacios del voluntariado (diferentes de los espacios del trabajo profesional), de modo que el voluntario no haga, bajo ningún concepto, competencia desleal a los trabajadores. Tampoco nos alargaremos insistiendo en que el voluntario requiere de formación y de compromiso, tanto como el profesional aunque en diferentes condiciones, "espacios" y tiempos.

La asistencia técnica

Cuando hablamos de asistencia técnica nos referimos al caso típico de la persona o personas que se trasladan para asesorar o colaborar en la incorporación de determinada técnica, metodología, tecnología, modalidad de servicio, etc. que no se domina en el país receptor y se ha desarrollado en el país de origen del asesor o asistente.

En este caso, de algún modo, se entra en competencia dentro del mercado laboral del país receptor, por lo cual, desde nuestro punto de vista, para que este tipo de ayuda sea legítima y no se convierta en competencia desleal con el recurso humano nacional tiene que aportarse un plus de conocimientos, experiencias, contactos, etc. que justifique el aporte. No se trata de quitar puestos de

trabajo a la gente del país o hacer "dumping" (obtener un puesto de trabajo por requerir menos dinero), pues, en ese caso, se perjudica más que se beneficia al país receptor al romper algunas de sus dinámicas o equilibrios.

Parece que la asistencia técnica está más libre de connotaciones románticas o ideológicas y que hace referencia a un tipo de ayuda coyuntural y por lo tanto con un comienzo y final definidos. Sin embargo muchas veces se convierte en negocio neocolonialista cuando la persona que la realiza está, de modo consciente o inconsciente, al servicio de intereses políticos, económicos o culturales objetivamente contrarios al desarrollo del colectivo receptor de la ayuda. Hay que tener en cuenta que las tecnologías o metodologías no son asépticas y que se corre el riesgo de incorporar conceptos o prácticas no útiles o incluso contraproducentes para el colectivo receptor de la asistencia.

Algunas propuestas ideológicas relacionadas

Al igual que nos hemos acercado críticamente a algunas propuestas institucionales relacionadas con el tema que nos ocupa lo haremos ahora a algunos conceptos que se manejan en relación con experiencias de vida y trabajo en un país del Sur.

La opción preferencial por el pobre

Este tema requeriría de un documento completo, pero para lo que nos interesa vale decir un par de cosas. La opción preferencial por el pobre supone apostar en la vida por los insignificantes. Y si queremos ser universales, supone apostar por las grandes mayorías pobres y por los pueblos pobres del mundo. No es difícil, a nivel de Iglesia, ponerse de acuerdo en esto.

Es más difícil ponerse de acuerdo cuando hablamos de mediaciones. Porque ahí caben sensibilidades distintas. A mi juicio no basta con trabajar y luchar en favor de los pobres. La opción preferencial por el pobre supone entrar en el mundo del pobre. Y eso es camino de toda una vida. Quienes por origen social, por formación, o por otras razones no somos pobres, tenemos delante el reto de acercarnos cada vez más a las personas pobres y marginadas (como en líneas asintóticas que cada vez están más cerca aunque nunca se van a encontrar). No podemos fantasear con ser uno más entre los pobres, pero si podemos ir siendo cada vez más capaces de vivir más pobremente y entablar relaciones personales significativas con personas pobres y marginadas. Y a la vez

armonizar este acercamiento progresivo con otras mediaciones útiles en favor de los pobres como el formarnos, como el compromiso estructural y otras.

Si entrar en el mundo del pobre es un proceso progresivo, para toda una vida, y si su "prueba del nueve" es el establecimiento de relaciones personales significativas, no parece que la mejor forma de hacer este camino sea precisamente pasando un tiempo en otro país. Al menos no la única. No consideramos que la marcha a un país del llamado "tercer mundo" tenga una calidad superior a la opción por quedarse donde se está, desde el punto de vista de la opción preferencial por el pobre.

La pobreza es terrible, pero la realidad de la pobreza no es más terrible por que haya más o menos cantidad de personas pobres a nuestro alrededor. La realidad de la pobreza es terrible porque destruye, porque menoscaba a la persona, a cada persona humana en su individualidad irreplicable. Hemos de superar el concepto meramente economicista del pobre (sin obviar la fundamental dimensión económica de la pobreza) y hemos de admitir que el pobre solo nos puede evangelizar si como persona individual (con nombre y apellidos) es significativo para nosotros. Y para ello se tienen que dar las condiciones de disposición, de tiempo, de compartir inquietudes, etc. La opción preferencial por el pobre puede vivirse con igual radicalidad en una barriada marginal de las afueras de Lima o al borde de la cama de un enfermo en un hospital de Salamanca. Lo esencial es invisible a los ojos.

Cabe hacer una anotación crítica sobre el discurso purista de algunos que no se sacan de la boca la palabra "pobres" y que no son conscientes de que estando como están físicamente en un país e incluso en un barrio pobre, su nivel de vida, sus recursos, su estilo de vida, su respaldo, sus posibilidades son bastante "superiores" a los de las clases medias o incluso altas del país en el que viven.

Quien realmente hace y va viviendo día a día la opción preferencial por el pobre, creo que va descubriendo el profundo e insustituible aporte humano que recibe de la persona "insignificante". Sin embargo, y por ello mismo, no idealiza al pobre atribuyéndole "per se" toda una serie de características positivas. Ni cree que el contacto con el pobre le exime de la reflexión, la formación o la acción transformadora. Probablemente hemos desarrollado en algunos momentos una errónea comprensión de la opción preferencial por el pobre considerando a determinados colectivos portadores únicos de la verdad histórica y de la iniciativa transformadora de la realidad.

La inculturación

Otro discurso relacionado con las experiencias de vida y trabajo en un país del Sur es el de la inculturación (en términos religiosos profundamente vinculado al de la encarnación). Me parece fundamental. No podemos aprender ni aportar nada en otro país si no compartimos, si no nos apropiamos en cierto modo como nuestras de las herramientas culturales de la gente con la que vivimos y trabajamos. Inculturarse es aprender a vivir.

Sin embargo inculturarse no supone pensar que mis herramientas culturales (aquellas que yo traigo "en mi macuto") son inferiores o ya no sirven. Complejo de superioridad no, pero complejo de inferioridad tampoco, porque entonces no hay enriquecimiento mutuo. La inculturación tampoco consiste en cambiar la indumentaria o forzar el acento al hablar. Empieza por el respeto a uno mismo y por la alta estima de los propios valores culturales. Para inculturarse antes hay que ser.

En definitiva quien se incultura realmente lo hace porque reconoce en los valores, conceptos o instrumentos culturales que va conociendo la huella inconfundible de lo humano, de lo universal. Entiende que esa forma de vestir, de hablar o de entender la vida se ha enraizado en esa tierra porque estaba en el corazón de las personas que la habitan. Y ama esa cultura y a esas personas y avanza por el camino de encuentro con la cultura universal y el hombre y la mujer, que son los mismos en todas partes.

El internacionalismo obrero

El movimiento obrero, como respuesta de los oprimidos al orden social injusto del capitalismo ha tenido siempre una importante vertiente internacionalista, como atestiguan las diferentes "internacionales" que se han constituido. Hoy en día hay quien habla de un "nuevo internacionalismo" intentando responder desde él a la problemática de las grandes mayorías oprimidas de los países del llamado "tercer mundo".

Este "nuevo internacionalismo", se encuentra, sin embargo, con algunos obstáculos de diverso orden: Por una parte la plausibilidad de las diferentes ideologías del socialismo, actualmente en una profunda revisión crítica. Por otro lado la "falta de miras" de una buena parte del movimiento sindical en los países del Norte, que analiza más bien como contrapuestos a los propios los intereses de los trabajadores de los países del Sur. Por otro lado este tipo de movimientos no parecen acabarse de librar de una cierta visión maniquea y mecanicista de la historia en la cual la clase trabajadora sería el sujeto de la transformación social, despreciándose el aporte de todas las personas pobres y marginadas que no están encuadradas en el mercado de trabajo y de toda otra serie de agentes sociales.

Diría, sin embargo, que la perspectiva del internacionalismo obrero permite superar una concepción "caritativa" de ayuda desde arriba hacia abajo, por una concepción de tipo cooperativo en la que se da la colaboración entre iguales. Desde ese punto de vista aporta un cierto aire fresco a la comprensión e intervención en la problemática relativa al llamado "tercer mundo".

El cosmopolitismo

Ser cosmopolita es considerarse y construirse como ciudadano del mundo. Sana reacción contra muchos particularismos baratos pero con riesgo de ser una opción minoritaria y elitista según como se plantee. Si a ciertos discursos de la inculturación les achacáramos una falta de aliento en la construcción de valores o conceptos universales, el cosmopolita puede ser una persona sin raíces. Y, a nuestro juicio, no se puede ser universal sin ser profundamente particular.

¿Para qué?: objetivos perseguidos y resultados no deseados

Con este apartado empezamos a aterrizar en una serie de aspectos más prácticos, dentro de la necesaria abstracción del documento. Vamos a intentar, tras el somero análisis de la realidad del "tercer mundo" y la revisión de los marcos institucionales e ideológicos de las experiencias que nos ocupan, qué objetivos, estructuras, medios y recursos pueden articularse en las mismas.

Trasladar recurso humano de un lugar a otro ha de tener alguna justificación. Si en un lugar existe un tipo de recurso humano, no se justifica traerlo de otro lugar. La justificación ha de ser posible sobre la base del aporte, de los resultados de cualquier índole que se derivan de ese traslado. No estamos en contra de esa enriquecedora movilidad sino que queremos someterla a un proceso crítico constructivo.

Proceso crítico, sobre todo ante posiciones -muy extendidas- que de modo consciente o inconsciente creen que por el mero hecho de que hacer este tipo de cosas puede tener su cierto riesgo o "mérito", a partir de ahí "todo vale". Es decir, la experiencia de ir por un tiempo no se justifica por el beneficio que produce (a otros y a mi) sino por lo que ha mi me ha costado y por lo que yo he sacrificado para hacerla.

Cualquier experiencia más o menos prolongada en un país del Sur (como cualquier cosa que hagamos en la vida) tiene que justificarse por sus resultados. Resultados expresados en los términos

que sea (beneficio material de terceros, aprendizaje de otros, aprendizaje propio, intercambio de información, diversión, etc.), pero resultados al fin y al cabo. Y los resultados, antes de producirse tendrían que manifestarse como objetivos.

En algunos casos hemos pasado del discurso paternalista o salvapatrias del que venía al Sur, consciente o inconscientemente, a "enseñar" a "salvar", a "aportar" a un discurso que se manifiesta en frases como "voy a ser uno más", "voy a aprender", "mi tarea es acompañar". Creo que armar todo el relajo de venirse hasta acá y no ser capaz de identificar un objetivo que suponga beneficio directo o indirecto para la gente de acá no es serio en términos generales. Hay que saber, para empezar, a qué se viene y eso le tiene que servir a la gente de acá. Creemos que un mero "turismo emocional" para "convertirse" no es de recibo. Lo cual, por supuesto no quiere decir que los beneficios propios no sean grandísimos.

Empezaremos por hablar de los resultados o beneficios para la gente del lugar al que se traslada la persona, para luego referirnos a los beneficios que la persona que viene puede obtener.

¿Cómo valorar los objetivos de una experiencia como las que estamos citando? En función de su pertinencia (si alcanzando el objetivo respondemos a alguna necesidad), de su legitimidad (de si tenemos derecho a perseguir dicho objetivo), de su factibilidad (de si podemos conseguirlos con los recursos que somos y de los que disponemos y del tiempo disponible). Estos tres enfoques podríamos abordar, entre otros.

Hay muchos objetivos pertinentes, en abstracto, aunque habrá que valorar su pertinencia en cada caso. Aportar recursos materiales, enseñar cosas, generar organización, intercambiar recursos, conocimientos, etc. Todos ellos pueden ser objetivos pertinentes. Entregar alimentos en un pueblo de Ruanda, después del paso de la guerra, probablemente responda perfectamente a una necesidad y no haya que darle más vueltas. En otro contexto, sin embargo, entregar alimentos puede no resultar lo pertinente pues supone hacer competencia desleal a comerciantes honrados y destruir, por tanto, estructuras existentes y útiles. Para evitar estas acciones disfuncionales es importante tener un buen "instrumental" de análisis de la realidad y dedicar tiempo a conocerla.

Un concepto relacionado pero diferenciable es el de la legitimidad. Dando por supuesto la legitimidad de tipo ético general (no hacer cosas que están mal y, normalmente, no contravenir las leyes justas) creemos que la persona que se traslada de un país a otro debe ser especialmente cuidadosa a la hora de evaluar la legitimidad de su intervención en una comunidad social y política a la que no pertenece. Podemos estar actuando -en mayor o menor medida- sobre la situación de un pueblo a

cuyo destino no nos hemos ligado y del cual, cogiendo un avión, podemos estar en menos de 24 horas a 5.000 kilómetros de distancia. Ello ha de obligarnos a sopesar muy bien nuestras acciones.

Para ello quizá convenga siempre hacerse la pregunta de si no habrá un nacional que pudiera estar haciendo lo que yo quiero hacer. Es una pregunta interesante que nos puede ayudar a delimitar nuestra intervención. Dicho de otro modo: ¿Para qué le sirve a esta gente que yo me venga hasta aquí? Tras hacernos estas preguntas, seguramente le encontraremos un sentido y legitimidad al hecho de venir, pero seguramente lo purificaremos también de muchos prejuicios desorientadores.

Pero aparte de esto hemos de ser sensibles a la legitimación de nuestras acciones. Por ejemplo, si en un país hay un gobierno elegido democráticamente y el organismo correspondiente ha emitido una política que dice que no se crearán instituciones para menores con más de cuarenta plazas, probablemente será bueno respetar esa legitimidad. O la legitimidad de quienes han venido interviniendo antes que nosotros en un ámbito. O las líneas pastorales de la diócesis en las que trabajamos. Plantearse el problema de la legitimidad supone no entrar a intervenir como el capitán Trueno. Supone, más bien, establecer procesos que nos permitan ir detectando cauces y construyendo legitimidad, procesos de búsqueda de información, de consulta, de colaboración, de escucha. No queremos decir que hayamos de obtener para actuar el beneplácito de todo el mundo (lograrlo sería sospechoso), pero sí un razonable grado de apoyo a diferentes niveles.

Por último hemos de plantearnos si los objetivos que nos planteamos son asequibles en función de nuestras capacidades, del tiempo, de los recursos materiales, de los recursos locales implicables, etc. El llamado "tercer mundo" parece ser un ámbito mágico donde personas sin preparación son capaces en muy poco tiempo de poner en marcha obras, servicios o dinámicas trascendentales para el futuro de las poblaciones implicadas. Yo creo que en ninguna parte atan los perros con longanizas, y en el llamado "tercer mundo" menos. Seamos realistas y humildes al plantearnos objetivos.

Y si lo dicho hasta ahora parece tan obvio, me pregunto por que se actúa de manera opuesta en tantas ocasiones. Y aventuro algunas hipótesis. Si en general es difícil hacer cosas, hay que reconocer que en ámbitos de pobreza y marginación es todavía más difícil. Y hacer cosas lejos de tu tierra en un contexto político, económico y cultural ajeno es todavía más difícil. Lo idóneo sería combatir estas dificultades con formación, preparación, trabajo en equipo, etc. Pero hay gente que ya está embarcada en la aventura, que ya está allá en el escenario, delante de los ojos de todo el mundo (él lo cree así). Y en ese momento resulta muy duro asumir que uno se ha equivocado. Y tampoco resulta fácil saber si te has equivocado, o es que todo es difícil, etc. Y entonces puede primar tu necesidad de sentirte útil, tu necesidad de decirte a ti mismo que tiene sentido haberte venido hasta aquí, que sirves para algo. Y entonces te inventas una realidad y unas necesidades a

tu medida y te autoproclamas legítimo y señalas unos indicadores elásticos para la evaluación, y pasas el trago como puedes, y, si tienes una buena capacidad para autoengañarte y vender la moto, hasta con nota.

Y lo que ocurre entonces en muchas ocasiones es que en ese tipo de situaciones se minimizan los objetivos pertinentes, legítimos y factibles y se maximizan resultados no deseados y negativos para todos. Algunos de esos resultados no deseados que yo he creído ver en muchos casos podían ser los siguientes: empeoramiento objetivo de la situación del colectivo al que se quiere producir un beneficio, mantenimiento o incremento de la dependencia, frustración de expectativas, poner parches a situaciones, reforzamiento de actitudes pasivas (refiriendome a los beneficiarios terceros), hacer perder tiempo y dinero, tranquilizar conciencias, alimentar mitos explicativos sobre la realidad, etc.

Para terminar este apartado dedicaremos un espacio a los que hemos llamado "objetivos de beneficio propio". Pienso que ha quedado claro que, desde mi punto de vista, y dada la realidad de los pueblos del Sur, cualquier experiencia de las que nos ocupan debe legitimarse por los beneficios que pueda producir a dichos pueblos. Sin embargo no es despreciable el provecho que la persona que hace la experiencia puede obtener de la misma. Provecho que puede manifestarse en un cambio de actitud, una comprensión más profunda del mundo y del hombre, un curtirse, etc. Y, de rebote, en cambios en los contextos de vida de esta persona en su país de origen: cambios de actitud, comportamientos, conciencia, prácticas, etc.

A mi juicio lo fundamental para que este provecho exista realmente es el encaje de la experiencia en la trayectoria vital global del sujeto. Nuestra vida es un proceso en el que vamos labrándonos día a día. Y en ese proceso vamos cultivando o no cultivando toda una serie de dimensiones y nos vamos proyectando en una serie de vertientes. En cada situación de la vida tendremos que estar dando respuesta a lo espiritual, a lo social, a lo afectivo, a lo formativo, a lo profesional, a lo sexual, a lo económico, a lo familiar, a lo político, etc., etc. Y la respuesta o constelación de respuestas que vayamos dando en cada momento nos condicionará positiva o negativamente para el siguiente. La decisión de "venir al tercer mundo" no nos exime de plantearnos todas esas dimensiones y de hacerlo con coherencia. Por ello puede ser una decisión enriquecedora o empobrecedora, coherente o incoherente en función de la lógica general de nuestro proyecto vital general.

Pensemos en que nos encontramos por la calle con alguien a quien hace tiempo que no vemos. Le preguntamos: ¿qué haces? ¿cómo te va? Y nos contesta: "estoy en occidente". Nos quedaremos perplejos, pues no ha dicho nada. Sin embargo si nos dice "me voy al tercer mundo" parece que ya está todo dicho. Y sin embargo ambas respuestas están igual de vacías. Profundicemos más allá de

la imagen televisiva del barbudo o la joven de "rostro virginal" que se desviven en el campo de refugiados. La cosa es mucho más compleja y por respeto al propio Sur y sus gentes y a nosotros mismos, así hay que analizarla.

Y así como hablábamos antes de resultados no deseados para la gente del país receptor, cabe hablar también de efectos no deseados para las personas que hacen la experiencia. Hemos visto "perder" años preciosos de la vida, deterioros del equilibrio emocional, retraso considerable de decisiones adultas, desorientación y frustración. Apostamos por la audacia y el riesgo en la vida, pero los experimentos, definitivamente, es mejor hacerlos con gaseosa.

¿Como encajar?: elementos estructurales de las formas de estar

Otra cuestión fundamental a plantearse es la de dónde y cómo encaja esa pieza del rompecabezas que sale de un rompecabezas (su país) para instalarse en otro (el país del Sur). Espero dar razón de la importancia de esta cuestión en contra de quienes piensan que lo importante es lo que se hace y no "desde dónde" se hace u otras consideraciones.

Creo que los colectivos (los barrios, las comunidades, las instituciones, los países) al igual que las personas, tienen procesos de desarrollo. En esos procesos de desarrollo van configurándose en estructuras que sirven de soporte a sus acciones. La estructura ósea del hombre mayor de edad es condición necesaria (aunque no suficiente) para un salto de pértiga olímpico, imposible de realizar con la estructura ósea (por poner un ejemplo) de un niño. Un determinado nivel de organización en un barrio es condición necesaria (aunque no suficiente) para asumir colectivamente un determinado proyecto de instalación de agua potable, imposible de llevarse a cabo en un colectivo desestructurado. La organización política de un país es condición necesaria (aunque no suficiente) para cumplir las condiciones que demanda una agencia de cooperación extranjera para donar unos fondos que resolverían el problema de determinadas epidemias, imposible de implementarse en ausencia de una suficiente estructura administrativa.

Si vamos entendiendo un poco a qué nos referimos cuando hablamos de estructura, deberemos pensar siempre qué efectos tienen nuestras acciones sobre procesos de estructuración u organización colectiva, aparte de otros efectos que quizá con más claridad estamos persiguiendo. Y eso porque creo que hay que partir de la base de que la acción de un agente externo ha de crear las condiciones que posibiliten la continuidad de la acción que se ejecuta o el servicio que se presta en ausencia del citado agente externo. El yeso en un brazo sirve en función de que, retirado pasado un

tiempo, el brazo funciona a la perfección sin la ayuda del yeso. Si el yeso se ha de quedar siempre ya no es un yeso sino una órtesis o prótesis permanente.

En cualquier tipo de acción social, lo que determina los efectos de la misma sobre la estructura del colectivo sobre el que se ejerce la acción no es tanto el discurso que se enuncia sino los elementos estructurales de la propia acción. Y los elementos estructurales que definen la experiencia de una persona en el "tercer mundo" (y en cualquier sitio) vienen dados por la respuesta a preguntas cómo: ¿De qué vives? ¿Quién te manda? ¿Cuántas horas trabajas? ¿Quién lava tu ropa? ¿Quién cocina tu comida? ¿Cómo te movilizas? ¿Quién cuida a tus hijos? ¿Qué haces en vacaciones?, etc. Todo esto, que es justamente lo que no solemos contar cuando regresamos del "tercer mundo" a nuestro país, tenga probablemente más importancia que lo que solemos contar (qué hemos hecho, fundamentalmente).

Poniendo otro ejemplo diremos que la influencia de un equipo de animadores en un barrio no dependerá tanto de que les digan muchas veces eso de que "ustedes son los protagonistas y ustedes han de organizarse" como del modo en que efectivamente se regulen, se estructuren, se normen las relaciones al interior del equipo y entre el colectivo y la comunidad: qué tipo de ayuda (material, financiera, formativa, técnica, informativa, etc.) se les da y se les niega, qué rol social se asume en la comunidad (los padrecitos, los profesores, etc.), qué medios se utilizan (transporte, instrumentos de comunicación, etc.), qué espacios y tiempos se comparten, características y connotaciones de la vivienda en que se está, etc.

No es lo mismo estar ubicado físicamente en una comunidad que estar integrado funcionalmente en la misma. Conozco unas cuantas comunidades, grupos o equipos que tienen su casa en barrios o pueblos pobres pero que apenas están integrados en la dinámica de dicho sector (aunque ellos estén convencidos de que sí) ya que sus horarios, su forma de movilizarse y comunicarse, sus ritmos de actividad, etc. los separan de la comunidad que los circunda.

Si somos capaces de salir de nuestras fantasías de fusión y ver cómo somos percibidos por las comunidades en las que vivimos y trabajamos quizá recibamos un buen baño de humildad. Diría yo: menos discursos sobre los pobres y más análisis del propio estilo de vida para identificar en qué se va pareciendo más al de los pobres: en relación con el mercado laboral, en horas de trabajo, en forma de movilizarse, en tiempos y espacios compartidos, etc. Siendo conscientes de que ir asimilando nuestro estilo de vida al de los pobres puede ser tan sólo una de las facetas de nuestro compromiso, pero siendo conscientes también de que es uno de los grandes retos casi siempre. Reto que nos puede llevar a cuestionar dinámicas internas de grupo en el que estamos, dinámicas personales, etc.

Abriendo un poco el "zoom" de nuestra cámara pasemos a considerar brevemente las mediaciones organizacionales de las que nos servimos. No es lo mismo trabajar para una organización nacional arraigada en el país en el que estamos que hacerlo para una agencia extranjera, que crear una organización "ad hoc" para aquella tarea que vamos a realizar. No es lo mismo estar al servicio de una diócesis local de la Iglesia que orientado por las opciones de una diócesis extranjera. Y no digo que siempre será mejor lo uno o lo otro. Digo que las repercusiones estructurales serán diferentes. A mi juicio el problema de muchos misioneros o cooperantes es que están encuadrados en organizaciones del Norte y que, al final, se deben a ellas y a su lógica interna. Ello hace que, de forma consciente o inconsciente, se trabaje para perpetuar la presencia de dichas organizaciones y no para ayudar a que surjan y se fortalezcan estructuras autóctonas.

Nos encontramos aquí también con el tema -universal- de las obras propias (de la Iglesia), del que antes ya hablamos. Como decíamos, en muchas ocasiones se considera la pobreza del llamado "tercer mundo" como justificación para la creación de obras propias en todo ámbito. Esta justificación esconde, sin embargo, en ocasiones, una incapacidad de "diálogo" y trabajo común de algunos cristianos extramuros de la Iglesia, existiendo en ocasiones la posibilidad de actuar como fermento y no con obras propias, posibilidad que no se aprovecha.

¿Cómo actuar?: los medios y sus efectos

Las actividades que promovemos o en las que nos embarcamos, el estilo con el que las realizamos y la forma de planificarlas y evaluarlas son otros elementos importantes a tomar en consideración. Nosotros no creemos que, en general, haya acciones -salvando lo ético, por supuesto- correctas o incorrectas en sí mismas, sino en función del contexto. Dar clases de costura puede ser excelente en un lugar y momento determinado por ofrecer una alternativa de trabajo a un grupo de personas y puede ser contraproducente en otro momento y lugar por retirar a la gente de otra alternativa de capacitación que había surgido de forma más autogestionada y realista en ese sector. Para clarificar esto veamos algunos conceptos.

La asistencia es la acción de dar respuesta directa a una necesidad de alimentación, salud, etc. El asistencialismo es hacer asistencia generando dependencia y dificultando la puesta en marcha de los resortes posibles que capacitarían a un sujeto o un colectivo para dar respuesta de modo más autónomo a determinadas necesidades.

La promoción (usando un término general que puede englobar a muchos) supone enseñar a alguien cómo hacer algo (sería el enseñar a pescar en lugar de dar el pez). El tecnicismo es la actitud del que enseña a pescar pero piensa que en definitiva él siempre será el depositario de la iniciativa y de las claves técnicas del asunto. Cree en la capacidad de aprendizaje del otro pero no en su capacidad de autodirección o autogestión.

Como superación del asistencialismo y el tecnicismo nosotros apostamos por una intervención de orientación participativa, que no excluye necesariamente momentos de asistencia o promoción, pero que parte de la convicción -y la lleva a la práctica- de que enfrente tenemos a sujetos y a colectividades con plena capacidad de gestionar sus procesos. Actúa de muy diferente manera quien hace asistencia o promoción desde la convicción de la capacidad de autodirección del otro (en definitiva de su condición de persona) que quien, consciente o inconscientemente, cree que el otro le necesita para ser persona, dicho de otra manera, que él es "más persona" que el otro..

En esa consideración del otro (personal o colectivo) como un "tú" autónomo y capaz, no hay problema de autoidentificarse claramente como un "yo", señalando sin complejos cuál es el rol que se quiere asumir y la acción que se quiere realizar. Desde esa posición superamos actitudes paternalistas, sobreprotectoras, culpables, fantasiosas u otras que, en definitiva, suponen lo contrario de una relación adulta y honesta entre personas y colectivos.

Si yo no cifro mi valor como persona en el hecho de ser médico, sacerdote o ingeniero (o en el hecho de ser europeo) lo seré a las claras con todas las consecuencias y no "disfrazaré" dicha condición. Explicitaré mi función y el tipo de ayuda que puedo prestar porque me creo de verdad que "el otro" desde su ser de persona y sus condiciones particulares (sean las que sean) hará su aporte en el proceso, aporte tan valioso como el mío para un proceso en el que "ambos" creceremos. Pero todo esto hay que vivirlo, que contarlo hay mucha gente que lo sabe contar.

Aplicando todo esto de forma más explícita a la estancia de personas en el llamado "tercer mundo" se trata de pensar los proyectos y procesos mediante los cuales personas pasan un tiempo en un país del Sur como procesos en los cuales alguien identificado como extranjero y con un determinado rol, función, encargo y responsabilidad se presenta ante determinada comunidad, colectivo u organización con la pretensión de interactuar con el mismo de forma adulta y honesta de modo que gracias a esa interacción se derivan beneficios identificables para "ambas partes".

Además del planteamiento asistencialista, tecnicista o participativo de nuestra acción cabe plantearse el "nivel de intervención" de la misma. Por poner sólo algunos casos, podemos estar interviniendo directamente en una comunidad periférica (urbano-marginal o rural), a nivel de organizaciones

intermedias, a nivel del centro (trabajo estructural), etc. Desde nuestro concepto de la realidad, todo está interconectado y en cualquier punto del sistema vale la pena actuar. Por lo tanto eso vale también para quien se traslada a un país de la periferia, en el cual, podrá trabajar a su vez más en el centro o más en la periferia.

Lo que hay que hacer es ser consciente de los requerimientos y las consecuencias que puede tener operar en un lugar u otro. Quién trabaja tendiendo más a la periferia corre el riesgo de perder la perspectiva global de los problemas y actuar de forma desorientada. Quien tira más al "centro" corre el riesgo de perder la cercanía de la realidad y quedarse en "teorías" o convertirse en "cómplice" del "sistema". Son muchos y variados los puntos del sistema en los que hace falta gente que empuje. Lo último, por lo tanto, ceder a la tentación de decir que mi posición es la que realmente sirve para cambiar las cosas. Cada persona tiene la responsabilidad de elegir y contruir su posición, y, desde, ella, servir lo más posible, dialogando siempre con los que están en otras posiciones en un enriquecimiento mutuo. No todas las posiciones valen pero tampoco cabe pensar que el mundo se mueve desde un único y estricto tipo de posición. Además sería muy aburrido.

Otro aspecto a señalar en las actividades es el de su continuidad. El tipo de presencia de personas como las que nos ocupan, así como otros factores de gestión, financiamiento, etc. producen una peligrosa tendencia a actividades puntuales en lugar de acciones continuadas. El efecto de estas acciones puntuales es muchas veces devastador, pues, a más de no conseguir ningún objetivo, minan la confianza de personas y colectivos, generando escepticismo y pasividad. Por no hablar de colectivos hartos de ser objeto de "investigación" o "estudio de necesidades" por parte de agentes que luego no llegan a la "acción" o "respuesta a necesidades".

Muy relacionado con el tema de la continuidad está el de la evaluación de las acciones. A menudo nos encontramos con que las acciones se plantean de manera que no hay forma de evaluarlas. Las justificaciones pueden ser muchas pero ninguna aceptable, ya que en cualquier circunstancia es posible dotarse de alguna instancia o mecanismo de evaluación, por rudimentario que sea.

Por último quisiera referirme a las actividades de tipo político. A mi juicio si estamos como extranjeros en un país con un régimen democrático, deberemos abstenernos de cualquier actividad de orden estrictamente político, ya que las decisiones y actividades políticas corresponden a los naturales del país. Seamos conscientes de que nuestro compromiso con ese pueblo es limitado y que son los que se juegan de verdad los cuartos los que deben incidir en la política del país. Ello no quiere decir que no seamos conscientes de que cualquier actividad social tiene un componente político en sentido amplio.

¿Quién paga? ¿Cuánto cuesta?: recursos y financiación

He aquí una cuestión que parece carecer de trascendencia para ciertas mentalidades que podríamos calificar de idealistas (en el buen o en el mal sentido de la palabra). Quien escribe, quizá influido por un cierto materialismo (no se si en el buen o en el mal sentido de la palabra), le concede al asunto bastante importancia. Fundamentalmente por aquello de que "quien paga, manda". Es decir, porque en definitiva quien financia una experiencia es quien en última instancia determina las características de la misma. Puede hacerlo de forma consciente, deliberada o directa o puede hacerlo de forma más inconsciente, involuntaria o sutil, pero lo normal es que quien financia una experiencia puede marcar las características de ésta.

Ello hace que muchas experiencias financiadas desde el exterior, sean, en definitiva dirigidas desde el exterior, o sea, desde lejos de la realidad. Muchas organizaciones que trabajan en un país lo hacen con políticas emanadas a muchos kilómetros de distancia y esto puede ser peligroso ya que desde tan lejos quizá no se conozca muy bien la realidad, a otros agentes participantes, etc. La ayuda económica desde el exterior puede ser muy buena, pero puede tener estas servidumbres.

Mirando las cosas desde otro punto de vista, hay que señalar que para quien viene de un país donde existe -¿todavía?- un compromiso fuerte del estado en materias como infraestructuras, educación, salud, servicios sociales, etc. resulta cuando menos chocante ver que lo que allá se espera -muchas veces con un exceso de pasividad- del erario público, aquí se espera -en ocasiones con la misma postura acrítica- de la ayuda internacional. Esto va unido a planteamientos que no analizan temas como la responsabilidad de un país ante sus problemas, la necesidad de una acción de la administración y de la sociedad civil del propio país, el riesgo de que esas ayudas desaparezcan, etc. Hay quien ha llegado a decir que en algunos casos la ayuda económica del exterior genera una cultura de la dependencia y de la corrupción.

En la cuestión del financiamiento de experiencias de personas que pasan un tiempo en un país del Sur es interesante analizar también la "mecánica" o "dinámica" del financiamiento. No profundizaremos en ello pero no es lo mismo una simple donación, un "capital semilla", un crédito a bajo interés, etc. Creemos que tanto por parte de quien da el dinero como de quien lo recibe se pueden dar posturas más serias y realistas o más bien paternalistas e irresponsables. No da igual.

Otra cuestión a analizar en el capítulo de financiación es la de la situación que se da cuando el cooperante, misionero, voluntario, etc. que está actuando en un país del "tercer mundo" dispone de la fuente de financiamiento para la actividad que realiza. Si una persona u organización hace algo en

el exterior y además pone el dinero, es muy fácil que le dejen hacer lo que quiera. Lo que no es tan fácil es que esa iniciativa personal o colectiva autofinanciada entronque realmente con las realidades autóctonas y estimule la estructuración de acciones estables. Por eso cada vez más se pide la "contraparte" nacional en los proyectos.

Si yo me vengo a trabajar a un país del Sur con el dinero en el bolsillo, lo más probable es que acabe haciendo lo que a mi me parece, con quien a mi me parece, sin forma real de saber si lo que hago sirve realmente. El no unir dinero y persona puede ser un mejor sistema para detectar o construir legitimidad para aquello que queremos hacer. Ahora bien, también hace las cosas un poco más difíciles para la persona que se viene. Aunque quizá más reales.

Cabe recordar lo que decíamos cuando hablábamos de la legitimidad. La legitimación de una acción es un proceso y requiere de ir chequeando la realidad. No financiarse uno mismo la aventura sino buscar fuentes existentes de financiación supone someter las propias intenciones a un proceso extra de legitimación y por lo tanto mejora la probabilidad de estar acertando en los objetivos y estrategias. Por supuesto que no descarto el buscar dinero para proyectos en los que uno está metido, pero si desde el principio se viene con la plata, creo que es fácil caer en hacer lo que uno quiere o sabe hacer y no lo que es necesario y sostenible.

Todo este planteamiento es especialmente necesario cuando nos movemos en el seno de organizaciones -como por ejemplo la Iglesia- enormemente poderosas en cuanto a recursos materiales. No es de recibo la postura del que no se cuestiona desde cuándo y por qué su organización posee determinados terrenos, instalaciones u otros bienes y lo que eso supone.

Vayamos al "cuánto". Muchas experiencias de personas del Norte en el Sur no resistirían el más leve análisis costo - beneficio (para clarificar el concepto, ver parábola de los talentos). Si analizamos por un lado el beneficio que proporciona la estancia de una persona y por otro todos los costos que se producen para soportar esa experiencia (beneficios que deja de producir en el país de origen, viajes, vivienda, movilización, salud, costos antes y costos después de la experiencia, costos de gestión de organizaciones relacionadas con la experiencia, imprevistos, etc.) la cosa puede ser en algunos casos escandalosa.

Lo que pasa es que muchas veces no nos damos cuenta de ello porque esos costos no aparecen como gastos, o porque son asumidos por diferentes partes, o porque son gastos corrientes de organizaciones que no se cuestionan el hecho de hacerlos, etc. Pero pensemos en todos esos recursos materiales y financieros al servicio de recurso humano nacional y no extranjero e igual nos da un susto lo que podría hacerse.

En ocasiones resulta candoroso el planteamiento de la persona que te cuenta que vive sólo con "tanto al mes" pero que "se olvida" de la señora que le hace la comida, le lava la ropa o le cuida a los niños, la casa en la que vive, el carro que maneja, la suscripción a tal revista o el pasaje para ir de vacaciones a Europa. Como todo eso no lo paga de su bolsillo... Hay personas que disfrutan en el "tercer mundo" de recursos y servicios de los que no dispondrían en ningún caso en el "primer mundo" por la sencilla razón de que en el llamado "tercer mundo" todo eso resulta comparativamente más barato o está financiado de algún modo. Curioso ¿verdad?

En cuanto a las cuentas, es sabido, que algunas personas o colectivos, excudándose en un pretendido pudor o incluso desapego al dinero, no gustan de ponerlas en claro y menos en público. Ello lleva a veces a un confusionismo de responsabilidades y dificulta la autonomía y proyección de futuro de algunas iniciativas que funcionan, pero que no se sabe muy bien de donde llega el dinero para las mismas. Por otro lado, la dependencia económica de determinadas iniciativas puede acarrear con facilidad dependencias de otro tipo. Todo ello no es óbice para reconocer la gran cantidad de recursos que, gracias a la acción y la generosidad de dichos colectivos y personas, están llegando a capas de la población muy necesitada.

Conclusiones

Podríamos terminar con una especie de metáfora. Manuel vive en una casa en lo alto de un cerro, cerca de una presa. A un kilómetro de su casa vive y trabaja el guarda de la presa con el cual Manuel tiene una cierta relación aunque no demasiada. Manuel está una noche junto al transistor y escucha con sorpresa que en la población cercana a su casa, monte abajo, se están produciendo inundaciones, con daños materiales y humanos. El relato que escucha le conmueve y rápidamente se pone unas botas de agua, salta sobre su carro y se dirige hacia el pueblo. Llega allá y comienza a ayudar como puede, evacuando gente de las casas, ayudando a construir muros de contención. En un momento también recibe una bronca por haber aparcado el coche en un sitio inadecuado. Todo el mundo está agobiado y se mueve de un lado para otro. Manuel también se desanima porque el alcalde del pueblo está tan tranquilo en su despacho o porque hay habitantes del pueblo que sólo se preocupan de su casa y no hacen nada por los demás. De pronto, en un momento de descanso, algo pasa por su mente. Empieza a sospechar de su vecino, ese vago y negligente guardián de la presa. Y piensa que si en vez de venir a ayudar al pueblo se hubiera dirigido directamente a la caseta del guarda, quizá podría haber actuado sobre la causa de las inundaciones y no sobre sus consecuencias. No sabe que hacer. Las tareas a realizar en el pueblo son enormes y el sufrimiento de la gente es grande. Si se marcha hacia arriba le reclamarán a ver que está haciendo. Además lo

más seguro es que ya hayan subido especialistas a ver que ocurre en la presa. También es posible que el despreocupado guarda no le haga ningún caso o le cree problemas. ¿Dónde está su puesto? ¿Mereció la pena venirse hasta acá? ¿Qué hacer?

Y aquí termina este largo documento. Quizá demasiado duro o desanimante. Quizá simplemente realista. Ojalá sirva de estímulo para que muchas personas se animen a dejar los railes marcados y sobados de una vida rutinaria y burguesa y se atrevan a dejar su casa y su gente en busca del encuentro mutuamente enriquecedor con gentes de otro lugar, de otro país. Y ojalá que esto se haga de forma racional y honesta. No es mucho pedir.

Fernando Fantova
Quito, Ecuador
Marzo de 1995

www.fantova.net